

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Entre el dolor y el deseo

Autor/es:
Saborit, José

Citar como:
Saborit, J. (2000). Entre el dolor y el deseo. La madriguera. (27):68-68.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41863>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



ENTRE EL DOLOR Y EL DESEO

■ José Saborit

*Estás escribiendo;
La tinta ha mermado
La mar crece*
YORGOS SEFERIS

(...)
*Lo real es arena y viento. ¿Qué figura
trazar o qué palabra decir que no se borren?*

ANTONIO CABRERA



"La vida es dulce —dice el poeta Solomos—, pero el tiempo, que es el tejido de la vida, pasa irremediabilmente." El tiempo, "ese niño jugando a las tabas en la playa" (Heráclito), ese viejo tahúr, nos despoja con sus azares de cuanto vivimos, de cuanto hubiéramos vivido si hubiéramos tenido tiempo. ¿Por qué no supimos amar? ¿Cuánto dura mañana? La eternidad y un día: esa mentira. También a Solomos se le acabó el tiempo, y tuvo que pagar un alto precio por las palabras que lo trajeran de vuelta. El poeta (el artista) paga con su vida, el deseo de contar su vida y el dolor germina en el reverso del deseo. El propio Angelopoulos ha dicho: "hay cosas que puedo contar pero no vivir". La tarea del artista es

cantar el fracaso del amor y de la vida. Si tuviéramos tiempo...

Un poeta desahuciado, Alexander-Angelopoulos, cuenta con un solo día para comprar palabras que digan lo perdido, lo perdido en el deseo de encontrar palabras que venzan al tiempo y digan lo perdido. "En la naturaleza no hay nada melancólico", ha escrito Coleridge. La melancolía florece en nuestra mirada, en nuestro intento de retener la luz de cuanto se nos dio; la muerte es la conciencia de la vida." Veinticuatro horas y un poeta: un periplo joyceano que no alcanza *le temps retrouvé* de Proust ni la duración

de Bergson (o Handke), sino tan sólo la eternidad, la eternidad y un día, esa mentira. Porque, ¿a qué aspira el arte vanamente, sino a prolongarnos para siempre, a qué aspira el amor sino a querer "para siempre y un día más", como asegura Orlando a Rosalind en *As you like it*, de Shakespeare?

¿Qué palabras decir, qué imágenes urdir que no se borren? El arte: esa mentira a veces capaz de mitigar el dolor,

esa terapia que calma (pero a la vez provoca) la pérdida. Despojos de una vida que es duelo continuo, ir despidiéndose de todo (la madre, la mujer, la hija, el niño, el perro, la casa, el cuerpo...), hasta llegar finalmente a la propia muerte, que no quiere hospital sino mar, morir mirando al mar de cara, de cara al origen y al fin. Anna, la mujer perdida debe estar también allí, como sugiere la simetría circular (principio y fin) de su nombre; sus palabras escritas traen de vuelta el pasado y reviven imágenes de felicidad. Vuelve así el poeta al lenguaje, esa otra casa que también suena, como el mar ("la boca me sabe a mar", son las primeras palabras que pronuncia Alexander, desde una mecedora que va y viene, frente al

mar...). El lenguaje, esa otra casa que perdimos porque perdió su capacidad de decir, ese hogar postrero en el que acaso viva la memoria del poeta, cuando por fin deje de ser extranjero, exiliado, individuo desgarrado del ansiado todo.

Pasa el tiempo entre el deseo y el dolor, y el sueño del artista, del que ama, es retenerlo, que no pase: oponer al frenético huir de los coches, a ese zumbido hiriente que es la prisa y la venta de futuro y el instante que se escapa, el sonido del mar, su murmullo interminable, las palabras y figuras que lo dicen. Pues la eternidad no es abolición del tiempo, sino vida plena y sin fin que nada pierde, posesión entera de un vivir interminable. En esa mentira verdadera (porque de verdad se siente), confluyen el arte y el amor, "verdad y anticipación de la verdad", y es ahí donde la mirada de Angelopoulos (crítica, pesimista, sin concesiones) muestra lo que pervive en el presente: largos planos secuencia albergan en su lentitud, casi en su quietud, poderosos símbolos que se acercan al modo en que simbolizan algunas imágenes pictóricas, en contra del vacío y vertiginoso entretenimiento del cine dominante, de la imagen dominante. Travellings y suaves movimientos de grúa enlazan, sin cortes, en fluida y desestabilizadora confusión, tiempos pasados y presentes, escenas reales e imaginarias. Personajes de sus films anteriores perviven en éste como guiños de eternidad. Una tupida red de significados perdurables entreteje lo particular y lo universal, proponiendo casi un jeroglífico en el que, después de sucesivas visiones, después de numerosas conjeturas (nada gratuito o desechable) todo encaja en un canto poético de resistencia, una invitación a resistir, siempre que el espectador consienta en desertar del papel que la industria audiovisual masivamente le impone, para adentrarse en el hiriente y gozoso aprendizaje de otro tiempo: *La eternidad y un día*.